

de muchos no pocas veces, repentina sanidad de sus incurables accidentes, al contacto de las manos de este venerable religioso, quien ayudó á morir á todos los indios que en su tiempo murieron en Tlascalilla y en Santiago, con tanta caridad y amor, que se admiraban los indios.

CAPITULO VII.

Vida del apostólico varon Fr. Alonso de la Oliva.

El venerable sugeto que dará materia á este capítulo, es muy parecido en su apostólica vida y celo ardentísimo que tuvo en la conversion de los infieles, al venerable Fr. Diego de la Magdalena. Fueron contemporáneos y muy parecidos en la virtud, celo y perseverancia de sus apostólicas tareas, aunque en distintos parages; pues el uno floreció en la Nueva-España, y el V. Oliva en el Nuevo Reino de la Vizcaya, en cuyos lugares se conserva hoy día la memoria de este venerable religioso, no solo en las memorias de los españoles, sino aun en las de los indios mas rústicos y bárbaros. Fué el venerable padre Fr. Alonso de Oliva hijo de esta provincia de Zacatecas: tomó el hábito siendo custodia, en el convento de la villa del Nombre de Dios, y aunque no se saben sus padres ni su patria, consta que en la fé fué un Abrahan que dejando las conveniencias del siglo, que afirman todos tenía, se entró en la religion, y ya

profeso, y sacerdote, salió con licencia de sus prelados á peregrinar por las vastas soledades que ocupaba la nacion Concha, para reducirlos á la fé católica, siguiendo en esta empresa la voz de Dios, que en sus inspiraciones le llamaba por semejante camino. Consta tambien que en la fortaleza con que peleó las guerras de la religion contra las bárbaras osadías de los idólatras conchos, hasta que arruinó sus ídolos y redujo á todos los bárbaros al conocimiento del Evangelio, fué un David. Consta tambien haber sido en la tolerancia un Job; pues en el término de casi cuarenta años, que duró la total reduccion de los conchos, sufrió no solo humores, sedes, frios y calores, que estas cosas en los páramos son inescusables, sino los trabajos, afrentas, bofetadas y azotes que le dieron á los principios los bárbaros; trayendo á todas horas vendida la vida este venerable religioso entre los indios conchos chichimecos.

En todo género de virtudes fué este venerable religioso un perfecto dechado de apostólicos varones; porque en lo penitente fué austerísimo, y tanto, que jamas se le apartó de las carnes un rigoroso cilicio de fierro con el que murió radicado en sus mismas carnes; en la humildad fué tan escetivo, que no solo se tenia por el mas despreciable de los religiosos, sino que se reputaba por indigno de su compañía, y así solia decir á los religiosos, que compasivos le suplicaban que morase en los conventos y que dejase la penosa vida de morar con los bárbaros en los campos: "Hijos míos, los brutos como yo, son indignos de vivir entre gente política y virtuosa; dejadme, dejadme que viva donde merecen mis culpas, para castigo de mis miserias y tibiezas." En la castidad no parecia humana criatura, porque á la fuerza de los rigores y ayunos avasalló tanto la carne, que no se rebelaba ya contra el espíritu, para cuya posesion pacífica tenia como otro Job, hecho pacto con sus ojos, de no mirar á criatura alguna al rostro. En la pobreza fué singularísimo; pues jamas tuvo mas halajas de su uso que un grosero hábito y un breviario; el hábito era tan remendado de diversos colores, y tan taraceado de diversas piezas, que parecia tablero de algun ajedrez, segun la diversidad de remiendos; y así cuando venia de entre los indios conchos á los conventos, le obligaban á que mudase de hábito por escusar la nota; pero en

volviendo á su ejercicio apostólico de la conversion de los indios, se volvia á poner su saco roto y remendado.

En el celo de la salvacion de las almas, fué tan singular, que pocos se le han conocido semejantes en este nuevo mundo. De veinte y siete años comenzó su apostólica tarea de la conversion de las almas, y no levantó la mano de tan caritativo ejercicio hasta que murió de edad de casi setenta años. Anduvo entre los indios conchos cerca de cuarenta años, hasta que del todo los redujo á la obediencia del rey y de la Iglesia, fundando los pueblos de los conchos y el de Atotonilco. ¿Qué trabajos padeceria este venerable religioso entre unos indios tan bárbaros y belicosos, sin maiz, sin trigo y sin mas sustento que raices de silvestres yerbas, ya al sol, ya al aire, ya al frio, ya á la nieve, y ya á todas las inclemencias del tiempo que en aquellas regiones son muy crudas? Considérelo atentamente el menos afecto y hallará en este venerable religioso un vivo traslado de cada uno de los santos del Nuevo y Viejo Testamento. En la humildad fué un San Francisco; en lo penitente un San Pedro de Alcántara; en lo casto un San Luis obispo; en lo cándido, un Junípero; pues su conversacion á veces era mas cándida que la del mas cándido niño; en lo celoso de la honra de Dios era á su Santo Padre parecido; en el celo de la conversion de los indios era un San Francisco Solano, y finalmente, cuando predicaba á los españoles, afirman todos, que despedia de su boca saetas tan encendidas en la fragua de su amante pecho, que penetraba y encendia á los corazones mas helados y duros, saliendo los oyentes de sus sermones contritos y arrepentidos, siendo en esto parecido á San Bernardino.

El número de las almas que con su apostólico celo redujo al aprisco de la Iglesia fué grandísimo, para cuya consecucion pidió licencia á los prelados para entrarse á lo interior de la tierra adentro por haber tenido noticias ciertas de que habia multitud de indios conchos gentiles, dispersos por varias serranías distantes de las tierras de los españoles mas de setenta leguas, y aunque los superiores conocian el manifesto riesgo á que se esponia en tierra tan áspera y dilatada, y habitada de una nacion tan belicosa, como conocian que su espíritu era del Señor y que le estimulaba la ambicion generosa de padecer,

para grangear para Dios innumerables almas, le dieron licencia para tan santo y devoto empleo. Entróse por aquellos montes y desiertos acompañado de dos indios bárbaros que le conducian, sin mas viático que su breviario, penetrando descalzo aquellas no pisadas asperezas. Halló muchas rancherías de indios conchos y comenzó con felicidad su labor, experimentando muchas medras en los nuevamente convertidos: tuvieron noticia los de otra ranchería, é instigados del demonio, quisieron quitar la vida al nuevo huésped, para lo cual lo azotaron con tanta crueldad, que le dejaron por muerto, lleno deo probios y tormentos: en medio de estos estaba tan contento el bendito religioso, que sin mostrar afliccion en el semblante, les predicaba al mismo tiempo, y los reprendia amoroso en su mismo idioma que entendia perfectamente: fueron sus palabras mansas tan eficaces y penetrantes, que los que querian matarle y le habian azotado como carniceros lobos, se le postraban á los piés mansos corderos, y los que habian comenzado con odio de la fé que les persuadia á atormentarle, mudados de la diestra del Altísimo, le obsequiaron reverentes, prometiendo seguir el estandarte de Jesucristo.

En estas ocupaciones se hallaba Fr. Alonso tan gustosamente ocupado, que no supieron en muchos meses los religiosos de sus sucesos, antes ya le juzgaban muerto á manos de aquellos belicosos bárbaros, y aun se trataba de echar letras patentes por la provincia, para que se le hiciesen los acostumbrados sufragios; y cuando mas radicado estaba este penoso concepto en los corazones de nuestros religiosos, salió á presencia de sus hermanos sano y salvo, sin haber tenido en casi un año que estuvo entre los bárbaros, mas mantenimiento, que el de los bárbaros, ni mas cama que su manto, durmiendo á las inclemencias del tiempo sobre el duro suelo. Cuando llegó á presencia del prelado, le dió noticias de las gentes que habia hallado, de los trabajos que habia padecido, de la numerosa nacion de los indios y de la forma que se sustentaba en aquellas vastas soledades. Recibiólo el superior con singular regocijo, alegrándose todos los religiosos con su llegada, porque todos veneraban su virtud y amaban su sinceridad y buenas prendas, y como ya le contemplaban difunto, les parecia una resurreccion su vuelta.

No fué su entrada tan infructífera que no dejase cuando salió, fundados ya dos grandes pueblos y asentadas algunas menores rancherías, en donde se pusieron ministros y se conserva hoy la doctrina en ellos. El uno fué el de San Francisco de Conchos, y el otro de San Buenaventura de Atotonilco, en las que se puso la doctrina en toda forma con ministros celosísimos. Dispuestas estas dos misiones y dejadas al cuidado de sus hermanos, sediento de mas almas, con licencia del prelado salió segunda vez á la campaña á pelear cuerpo á cuerpo con el comun enemigo, y como estaba hecho á vencer, triunfó tan valerosamente por espacio de cuarenta años, que no solo destruyó todos los ídolos que veneraban los bárbaros, sino que catequizó, bautizó y redujo al gremio de la Iglesia y á la obediencia del rey los indómitos bárbaros conchos con que fundó muchos pueblos. Amábanle los indios tiernamente, porque aunque rústicos, conocían que al apostólico varon Fr. Alonso no le movia otro fin que el de la salvacion de sus almas, el aumento de sus pueblos, el ponerlos en política y trato de hombres, enseñándoles á sembrar y fabricar casillas en que defenderse de los rigores del tiempo, cosa que jamas cupo en la imaginacion de los bárbaros; pues moraban en los campos como brutos: y como reconocian los indios que el venerable padre sacrificaba su persona á los trabajos é incomodidades de habitar en los despoblados, usando de los rústicos mantenimientos, y que ellos en su compañía gozaban de toda conveniencia, no solo en la vida espiritual, sino en los temporales menestres, le apreciaban y reverenciaban como á padre, obedeciéndole en todo, queriendo cada pueblo tenerle de asiento en su compañía; y como el padre era de todos, asistia unos dias en unos pueblos, y otros en otros; pero siempre haciendo mucho fruto en aquellas almas, como diestrísimo en su idioma y tan celoso.

Con tan eficaces ansias miraba el venerable padre sus nuevas conversiones, y tan solícito vivia de sus aumentos, que discurriendo no se podrian propagar sin las reales disposiciones del virey, pidió licencia para ir á la ciudad de México á poner el negocio en el estado que deseaba, y pedir á su Escelencia los auxilios necesarios de que habia grave necesidad para que tuviese consistencia materia tan del divino agrado. Consiguió-

la del superior prelado y habiendo dispuesto su caminata como varon apostólico, sacando en su compañía algunos capitanes de la nacion Concha que habia reducido, sin que le sirviesen de óvise sus muchos años, caminó á pié con ellos y descalzo cerca de trescientas leguas hasta la ciudad de México, con solo el avio de la Divina Providencia y la destreza de los flecheros que llevaba. Propuso á su Escelencia el negocio con tan cuerdas y humildes razones y le espresò las urgencias y necesidades con tanta eficacia y religiosas palabras, que quedó el virey muy edificado de su modestia y religiosa compostura, y gustosísimo de haber tenido la dicha de haber comunicado á un varon tan apostólico, prometiéndole poner cuantos medios fueran necesarios para el feliz logro de sus piadosos deseos.

En este feliz estado tenia sus negocios este venerable religioso, y mientras su Escelencia le daba los despachos necesarios, se mantuvo en el convento grande de México algunos dias, sin faltar á hora alguna del coro, asistiendo á todos los actos de comunidad con tanta religiosidad y compostura, que era la edificacion de aquella grave y venerable comunidad; en un dia de estos estando celebrando el santo sacrificio de la misa con muchas lágrimas y devocion como acostumbraba, le reveló Dios seria la última, y que al inmediato dia pasaria á gozar eternamente el premio correspondiente á sus apostólicos ejercicios. Acabò de celebrar y luego que dió las gracias fué á la celda del guardian y le pidió licencia para irse á la enfermería á esperar el último accidente que le habia de privar de la vida en breve tiempo. Admiróse el guardian de la propuesta viéndole sin novedad alguna, y procuró disuadirle de sus recelos; pero el venerable religioso, dispensando en esta ocasion en su humildad profunda, le desengañó diciéndole que á la mañana siguiente moriria sin duda alguna. Dióle el prelado su bendicion y licencia, y luego que puso los piés en la enfermería, le sobrevino un accidente tan malicioso, que dió luego á conocer á todos lo ejecutivo de su malicia. Llamó á los indios conchos que habia llevado consigo, y recibieron los bárbaros su apostólica bendicion con mas lágrimas y sollozós que se pudieran esperar de sus ásperos naturales y rústicos corazones, y habiendo recibido los Sacramentos con mucha devocion y lá-

grimas, se bajó de la cama á la desnuda tierra, y puesto de rodillas con un crucifijo en las manos, dando al Señor repetidas alabanzas y gracias por los beneficios que de su liberal mano habia recibido, pasó á mejor vida, muriendo en la demanda como fiel y verdadero siervo y ministro.

Lo singular que hubo en su feliz y dichosa muerte, fué que siendo México una ciudad tan populosa, compuesta de tribunales tan esclarecidos, y de tan nobles ciudadanos y caballeros, en donde con grandísima dificultad hay conocimiento de los huéspedes, y mas de un pobre religioso de tierra adentro, que no trató en los pocos dias que estuvo, sino con muy pocas personas para enderezar y ajustar su negocio; luego que espiró este venerable padre, corrió una voz por todas las calles de México que decia que en el convento de San Francisco habia muerto un religioso santo. Conmovido de ella, concurrió innumerable pueblo á verle, y sin que lo pudieran remediar los religiosos, le quitaron á pedazos el cordon y el hábito. Aquí fueron las aclamaciones de todos publicándole á voces santo, cuando vieron radicada en su venerable cadáver una malla de aceradas puntas de fierro, con que tenia cubierta toda la caja de su inocente cuerpo, la que no habian advertido los enfermeros, ó porque Dios así lo dispuso, ó porque el humilde religioso suplicó que no le quitaran el hábito con que estaba. Llegó esta noticia al señor arzobispo y virey, y quisieron contribuir con sus honras á quien el cielo publicaba santo. Ya le habian puesto otro hábito, cuando llegaron su ilustrísima y su excelencia á ver el venerable cadáver, y en su presencia y sin que su autoridad pudiera estorbarlo volviéronle á desnudar otra vez al difunto religioso sin que le dejaran otra cosa que los paños menores que le conservó Dios para la decencia: lloraban arzobispo y virey compungidos de ver aquel cadáver penitente, herido todo él á los rigores de las aceradas puntas de la malla: tan penitente y austero, que no tenia mas carnes que la piel con que cubria sus huesos; pero el semblante tan apacible y sereno, que parecia de un niño dormidó en lo atractivo y hermoso; y no pudiendo reprimir las lágrimas, se apartaron estos cristianos príncipes, dando orden que hasta el siguiente dia no se le diese sepultura, porque querian que su entierro se hiciese

con toda solemnidad y pompa, mandando el virey al capitán de su guardia que hiciera posta continua al venerable cadáver, para que la devoción indiscreta no se propasara á destrozarlo y desnudar aquel venerable cadáver como lo habia ya impacientemente el vulgo ejecutado dos veces.

Diósele sepultura en nuestro convento de México, habiendo concurrido á su entierro todos los tribunales y personajes que autorizan aquella ciudad ilustre. Sintió mucho el señor virey la muerte de este apostólico religioso, y dijo despues del entierro en presencia del señor arzobispo y de la audiencia, que le habia cobrado muchísimo amor y veneración, porque sus palabras parecian de un apóstol, y su venerable y penitente presencia daba evidentes muestras de sus interiores virtudes; y finalmente, todos de verle en el féretro, quedaron tiernos y compungidos, especialmente los que tuvieron la dicha de registrarle desnudo, y vieron el estrago que habia causado la cruel malla en sus inocentes carnes. El señor virey entregó los despachos á los capitanes que trajo consigo el venerable padre para las nuevas conversiones, de la misma forma que habia pedido el venerable padre Fr. Alonso de la Oliva, cuya memoria es para los indios muy estimada; pues hasta el dia de hoy le contribuyen veneraciones. Murió año de 1612.

